

Hogueras

Jonathan Gómez Narros

Miro fijamente al fuego.

Veo cómo lamen las llamas los pies de los chicos que están delante de mí. No les pasa nada, me repito. Ninguno de ellos siente dolor.

Los saltos son gráciles, atléticos, incluso los de aquellos que no tienen una buena forma física. Imagino que, en mi turno, caeré sobre el trozo de playa en llamas y me abrasaré, y nadie vendrá en mi ayuda, y desapareceré, y mi fama no hará sombra a nadie...

Tan sumido en esos pensamientos estaba que no me di cuenta de que estaba frente al llameante camino. Un sutil empujón, que casi me destroza la espalda, me hizo volver a la realidad.

—¡Atontao, que te'ca saltar la hoguera a ti! —una voz grave y cariñosa, como el empujón, me sobresaltó. Me giré y vi el rostro duro de Juan, el más cazurro del pueblo, pero, en verdad, el más sincero... —Si es que a los nenazas y cubardes como tú no debieran de entrar a estas tradiciones... ¡Atontao! ¡Vamos, salta ya! Un ulbor te falta a ti...

«Un ulbor... ya... Un académico, no te jode» Los nervios se apoderaban de mi ser. Solo debía saltar una pequeña hoguera. No pasaría nada...

Los jaleos de los presentes me rodeaban y abrumaban. Las piernas me temblaban (Eh, eh, eh); el calor del fuego rozaba mi piel de porcelana (Salta ya; salta ya); el mundo se abre ante mí y surge una bola de fuego (atontao, te falta un ulbor...)

Abro los ojos y no sé dónde me encuentro. Me rodea un verdor extraño comparado con los secos parajes de mi tierra natal... El último recuerdo es el del saltar la hoguera y caer en su centro ardiente, con un dolor terrible en la parte trasera de la rodilla... No hay nadie a mi alrededor que me empuje a nada. Estoy solo y no sé dónde. Grito. Nadie me escucha ni siquiera puedo emitir sonido. Hay algo raro en el ambiente... Observo una pequeña flor roja, parecida a la amapola, pero más esbelta y con un rojo más fuerte, más bonito, cercano a la belleza del fuego. Cercano a ella, miles de ojos me escrutan, me vigilan... Temo que, al mover un solo músculo, con un solo pestañeo, den la orden a la amapola y me ataque. Algo me toma por el hombro, me hace girar y mirarle de frente. Lo último que veo, antes de desmayarme a causa de un líquido expulsado por espray, es un pico multicolor...

—Despierta, vamos —Una suave voz me mece, intentando sacarme del sopor en el que me encontraba. Las imágenes en el sueño se habían sucedido muy rápido: fuego, rojo, ojos, agua y no podía entablar el orden correcto y, ni siquiera, si lo que estaba sufriendo era real

o causa de un accidente, como la muerte causada por el golpe letal de un coco... ¿Estaría en el infierno? ¿En el limbo? Porque esto de cielo... tiene poco, la verdad. Me encuentro tirado sobre una alfombra de pelo de ñu, o de un animal parecido, seguramente extinto, cuando abro los ojos guiado por esa voz. Sobre mí, en una plataforma transparente, mirándome se halla un pájaro, que se yergue soberano ante mí. Debe de ser el dueño de estas tierras, en el caso de que esté en tierra... Su imagen asustaría hasta al más aguerrido: un pico multicolor era el centro de su ovalada cara. En ese pico había colores que ningún ojo humano podría captar y tan bellos que cualquiera se quedaría embelesado observándolos, olvidando cualquier otro quehacer... Sus ojos, de un negro tan profundo que provocaban mareos, transmitían dureza y justicia, ecuanimidad en sus razonamientos y decisiones; las plumas doradas que recubrían todo su cuerpo eran la perfección en largura y, lo que a la vista parecía, suavidad. Plumas de un rojo leve, hermoso, en el que cualquier animal se dejaría abrasar... Intenté alargar la mano, pero un brazo delgado y delicado me detuvo. — No lo intentes, se enfadará si percibe tus intenciones de tocarle...

—¿Qué hago aquí? —atiné a decir, recordando la delgada presencia sin rostro que estaba tras de mí — ¿Quién eres? ¿Qué sois? ¿Por qué...?

—Demasiadas preguntas para ser un humano... —dijo la voz sin permitirme volverme a escudriñar su figura— No te molestes, aunque te permitiera volver a admirarme, no serías capaz de notar mi presencia. A los seres como yo, solo pueden observarnos las mentes especiales...

—Yo soy especial —pronuncié silabeando y disfrutando de cada palabra. Todos me han dicho siempre que soy especial... y si me lo dicen tantos, no se pueden equivocar...

—Ya... Eso lo decidirá nuestro líder —sentenció la voz. Después, desapareció, o eso me pareció a mí.

Un leve murmullo, proveniente del gran pájaro-líder, me sacó de mi ensimismamiento y me hizo atender a los gorgoritos que salían de aquella ave. Poco a poco empecé a entender y realicé todas las acciones que me ordenaba. Al ir ejecutándolas, observé la cara de satisfacción en el ave-líder-fénix. Su plumaje iba cambiando a colores templados, según realizaba las tareas satisfactoriamente.

En último lugar, tras reunir todas las figuras de las habitaciones colindantes que me había ordenado, me cuadré ante él. El pájaro, altanero desde su plataforma, tarareaba algo incomprensible para mí, mientras yo corría, entrando y saliendo de las habitaciones, recogiendo las figuritas de barro que tenían formas de avestruz, asesina, político, perro y profesora. A decir verdad, los animales eran claramente identificables, los seres humanos y sus profesiones, no... Me las imaginaba en cuanto lo veía. Y me sentía orgulloso por haberlo hecho...

—Debes pensar y razonarme qué figuritas destruirás delante de mí y en qué orden — sentenció ceremonioso el ave-líder-fénix-profesor —. Dependiendo de tu decisión, así será tu futuro.

—Pero... —La ahora voz cavernosa del ave me hizo ser precavido. —, ¿debo romper una a una las figuritas y quedarme solo con una? Todas son tan bellas...

—¡Pamplinas! —El plumaje se le encendió con un rojo fuego al pronunciar estas palabras. Se había cabreado, supuse. — Son figuras de barro... Sin vida... —Las pausas dramáticas de estas últimas palabras, las acompañó con una sonrisa de su pico perversa, intrigante, desasosegante...

—De acuerdo —claudiqué a regañadientes y receloso por su sonrisa malévola...

Comencé a pensar rápidamente. El color fuego de las plumas iba en aumento y eso me creaba ansiedad por la cercanía de la muerte... Desde que lo vi creí que me mataría mediante un aliento de fuego. ¡Vuelve a tu cometido! Vamos a ver... ¿qué figura es la que más miedo me da? El político. Está claro. Aunque su cara está definida como si fuera una persona honesta, político y honesto en estos tiempos no se estila... ¡Ale! Fuera (Y con más facilidad de la que creía, destruyó la figurita de traje que representaba para él, un político honesto). Venga, que esto parece fácil. Ahora, voy a decidir mi siguiente muerte a través de algo subjetivo... No me gusta nada la figura del perro, que parece un gato. ¡Qué leches! ¡Es que es un perro que se cree gato! Y eso me desestabiliza al pensarlo... (Y, sin más, aplastó con mucha facilidad, aunque no con tanta como con el político, la figura de un animal, que él creía ser un perro con mentalidad de gato). Sigamos... Nunca me han gustado las personas que trabajan como asesinos, me parecen un poco desagradables... Supongo que sea un asesino, ya que lleva un cuchillo en la mano... aunque también podría ser un cocinero... Pero tampoco me gustan los cocineros... Decidido. (Y con un gesto altivo, presionó entre los dedos la figurita. Aunque, para su sorpresa, tuvo que lanzarlo al suelo y saltar sobre ella para poder reducirla a polvillo). Avestruz o profesora, profesora o avestruz... Tengo una gran decisión ante mí. El pico me impone respeto, pero el libro y la belleza angelical del rostro de la figurita femenina me infunden confianza. Dura decisión...

—Se te acaba el tiempo —El ave-líder-fénix me sacó de mis disquisiciones, di un respingo a causa del susto y asentí automáticamente— Decide qué figurita debe ser sacrificada para que tú puedas salvarte...

La cabeza me daba vueltas y sentía un calor intenso. No recuerdo mucho más que la última noticia de corrupción que vi en la televisión, aquel macrojuicio que intentaba dilucidar quiénes se habían llevado toda la pasta del contribuyente, pero que, como había tantas trabas, quedaría en agua de borrajas, como todos los enjuiciamientos a poderosos en este país. También volvió a la mente aquella idea absurda de adoptar un perro, ya que soy alérgico al pelo de gato. Absurda porque no puedo cuidarme a mí mismo como para cuidar a otro ser vivo. Me viene a la memoria el periódico de esta mañana, el que quité a mi

compañero de despacho, y en el que se difundía la noticia de aquella chef, explotadora seguramente, que envenenaba a todos los clientes que iban y se dejaban sus dineros en su restaurante de tres estrellas Michelin.

Abrí los ojos y lenguas de fuego me rodeaban. La hoguera se está cobrando su primera víctima del estío, oía que decían entre gritos. Las sirenas de bomberos y ambulancias ambientaban la playa. La cara desencajada de Juan, viendo cómo me retorció de dolor al haber caído en el centro de la pira y golpearme la cabeza contra un tronco de la base de la hoguera, era indescriptible e, incluso para mí, satisfactorio. Tras él, un gran anuncio, protagonizado por un avestruz disfrazada de dentista y que pretendía difundir una academia especializada en el arte de sacar muelas, ridiculizaba, aún más, la situación que estaba terminando de vivir.

Mi mirada vacía y prácticamente blanquecina y mi cuerpo ya a merced del fuego de esta hoguera de San Juan hicieron el último esfuerzo y observaron la figura perfecta de un rostro angelical y con algo en la mano, que quise creer que era un libro...

Recuerdo de esa figurita que, por amor, no quise destruir. Claramente me equivoqué, fue ella la que me condenó al fuego eterno. Ahora el Ave Fenix, el pájaro de pico con colores que el ser humano no ha visto jamás, ríe alto y me juzga y ejecuta la condena a muerte que yo mismo he escogido.